

CLUB DEL MISTERIO

JASON MANOR



LOS PEONES DEL MIEDO

8

Para un detective retirado, y por añadidura amante de la pesca, la costa del Pacífico tiene un explicable encanto. En todo caso, Stephen Summers siempre va a buscar allá el placentero refugio de su barco, la grata compañía de un buen amigo, el merecido descanso de cada año... Pero esta vez no habrá reposo para el ex detective: el buen amigo ha muerto. Despierta el sabueso que dormía en Stephen Summers y encuentra un tanto extrañas las circunstancias de esa muerte; el apacible comienzo de vacaciones se convierte en complicada trama y en agitada e intensa acción: y así, en tensión creciente, culmina en la revelación, dramática, electrizante, insospechada.

ORDEN DE APARICIÓN

de los personajes

STEPHEN (Steve) SUMMERS, ex detective privado,
de vacaciones

BILLY FARRELL, amigo suyo, pescador de bonito,
muerto recientemente

MARY FARRELL, su esposa, una mujerona de cabe-
llo descolorido

O'DONNELL, un pescador solitario

DIGK MASON, un muchacho con un surfboard

ERNIE, barman del "Helios Bach Hotel"

EDIE MASON, viuda del famoso coronel Richard

RUSSIE QUAINANCE, rubio y apolíneo

ART NEWMAN, un joven de aspecto intelectual

ERIKA GARD, una anciana de aspecto severo

LAURA MASON, hija de Edie

HARRIETTE HENDRIX, periodista de Los Angeles

PHIL BRAINERD, del FBI

B.J. OSTER, sheriff del condado

RAWLES, mayordomo en casa de los Mason

GEORGE RONEY, guardaespaldas

Mr. BLACK, apodado "El Reptil"

WARREN RAILE, dirigente político

Mr. LARSEN, notario público

VIC WERTZ y McCULLOUGH, detectives privados

GREGORY GORDON, actor y animador de la televisión

PRIMERA PARTE

I

A primera vista, Helios Beach es una sucesión de almacenes y estaciones de servicio, a lo largo de la ruta 151. La segunda vista es más atractiva, pues Helios Beach es una de las pocas ciudades costeras del sur de California donde existen árboles en cantidad. Sobre una colina situada al este de la ruta hay eucaliptos, abetos, cipreses y pinos, y entre los árboles se alzan unas pocas de las grandes casas veraniegas de hace cincuenta años y algunas casas modernas de aspecto lujoso, todas ellas con las ventanas mirando al Pacífico, y con sus antenas de televisión de cincuenta pies.

Debajo de la carretera, hay casas más pequeñas y baratas, y menos árboles. Billy Farrell viviría en el lado oeste de la carretera.

El número 213 de la calle St. James se hallaba en el lado oeste de la carretera, como yo había pensado. Detuve mi coche detrás de un viejo Chevrolet estacionado frente a una casa de cemento sin pintar. Era evidente que Billy Farrell se había construido la casa él mismo. El mortero sobresalía de las juntas, y por el marco de la puerta asomaba un trozo de papel embreado. La puerta y el marco estaban aún sin pintar. Billy Farrell sabía hacer todo, pero no hacía nada bien, y rara vez terminaba algo. Era útil en un barco y yo esperaba que viniera en el mío para la pesca del bonito.

Mary Farrell salió a abrirme. Era una mujerona de cabello rubio descolorido, recogido en un apretado moño. Tenía el rostro sonrosado y brillante, y daba la impresión de

que lo llevaba tan tirante como su cabello. El blanco de sus ojos grises acero estaba surcado de venillas rojas. Me miró sin reconocermme.

–Soy Steve Summers, Mary –dije–. Billy vino a pescar conmigo hace tres años, ¿recuerda?

Ella inclinó la cabeza. Pero algo sucedía.

–¿Está Bill? –pregunté–. Me gustaría que viniera de pesca conmigo...

–Va a tener que buscar a otro –dijo Mary Farrell. Tenía una voz ronca y profunda–. Bill ha muerto.

Me miró con sus grandes ojos vacíos, como indicándome que me fuera. Pero finalmente, retrocedió un paso, se volvió y dijo:

–Pase, si quiere.

Yo la seguí a una habitación clara, limpia y alegre, con linoleum en el suelo, un diván y un sillón tapizados con una tela de dibujo de flores tropicales y una chimenea, con varias pinas pintadas de verde, rojo y plata. Sobre la chimenea había un estante con dos fotografías enmarcadas. En una de ellas, aparecía Bill con ropa de trabajo, con un reflejo de luz en su cabeza calva y morena, sosteniendo una lobina que debía pesar unas setenta libras. En la otra fotografía se veía el rostro de una linda niña rubia.

–¿Qué ocurrió, Mary?

Mary se sentó en el sillón, y cruzó las grandes manos sobre el regazo. Iba calzada con unas chinelas viejas, color azul vivo.

–Cayó del malecón y se ahogó –dijo–. Una noche, hace diez días. El veintiuno de mayo. Estaba borracho. Cayó del malecón y se ahogó.

En su voz se advertía la furia y la amargura contra Bill, por haberse emborrachado, por caer del malecón y ahogarse. Miré de nuevo las fotografías que había sobre la chimenea. El hombre calvo que sostenía el pez, se había emborrachado y no pudo soportar la bebida. La otra fotografía era de la hija de Mary y Bill, cuyo nombre no recor-

daba; entonces debía tener siete u ocho años. Padecía de parálisis. En la fotografía aparecía una carita linda; no se veía el aparato, un horror de correas y metal, que tardaba media hora en colocarse, y había que quitar varias veces por día.

Mary Farrell miraba también la fotografía.

—Aún no se lo he dicho —dijo con su voz ronca—. No he tenido el valor de escribírselo para que se lo lea una enfermera. Tengo que ir a Oakland, para decírselo personalmente, pero tampoco tengo valor para ello —se frotó la cara con las manos—. Ese condenado hospital. ¡Oh, maldito sea!

No había, seguro, ni dinero para pagar las cuentas del hospital.

—¿No hay ninguna fundación que pueda hacerse cargo de ella, Mary? —dije.

—Bill siempre quiso que nosotros nos encargáramos de ella. Tenía que tener el mejor hospital de la Costa, a cuatrocientas millas de distancia, un hospital que cuesta una fortuna incluso el... —se detuvo y movió la cabeza. Luego comenzó a llorar, con sollozos que la conmovían. Después, se detuvo tan repentinamente como había comenzado, y se quedó mirando la chimenea con una especie de horror y de determinación en su cara roja.

Me levanté, le dije torpemente cuánto lo sentía, me despedí y salí al sol brillante y cálido de California. Cuando descendía el sendero de cemento, miré al Pacífico, tan tranquilo y plano como si se hubiera tratado de una lámina de plástico verde azulado. Veía el muelle de Helios Beach, que se extendía sobre el mar una media milla hacia el norte. Unos brochazos blancos, como algodón, mostraban el lugar donde los postes tocaban el agua.

Pensé en Billy Farrell, que había pasado gran parte de su vida en estrecho contacto con botes y muelles, mar y whisky. Pensé en la borrachera que le había hecho caer del malecón y ahogarse.

II

Dejé el coche en la zona de estacionamiento, junto a un MG amarillo. A la derecha había un pabellón de la playa, una construcción oscura con las ventanas aún cerradas por maderos; la temporada veraniega no comenzaría hasta dentro de algunas semanas. Frente al pabellón, corría una rambla de madera con una baranda sobre la cual uno podía apoyarse, y ver cómo la gente tomaba el sol en la playa. Ahora la playa estaba llena de montones de algas, y pude ver entre ellos, un cajón lleno de agua, y, más abajo, una caja de Coca-Cola llena de arena, un trozo de poste telefónico y un tambor vacío. Alzándose sobre sus postes, el muelle penetraba unas setentas u ochenta yardas en el mar. Las olas azotaban los oscuros maderos y llegaban hasta las algas de la playa. El sol poniente, de un rojo anaranjado, brillaba a un extremo del muelle destacando la figura de un pescador solitario. Era la única persona visible.

Anduve lentamente por el muelle, dejando atrás un letrero que decía *Cuidado* y otro *Paso por su cuenta y riesgo*. Las maderas ya viejas temblaban bajo mis pies, cuando entraban las olas. La baranda llegaba a la altura del pecho, y una vez me detuve y me apoyé en ella. Habría sido imposible caer sin treparse a ella, y Billy Farrell era un hombre bajo. Fruncí el ceño, moví la cabeza, y me pregunté si no me estaba volviendo demasiado receloso. Después de todo, podía haber muerto sobre el muelle y rodado al mar. Llegué hasta el lugar donde estaba el pescador. Llevaba una camiseta manchada de grasa, con las mangas cortas, y una gorra de paja de larga visera. El sedal ce su

caña se hundía profundamente en el agua. Cuando me vió me lanzó una mirada indiferente.

—¿Se pesca?

—Sí, algas.

Al inclinarme sobre la baranda, vi al muchacho del *surf-board*. Estaba sentado a horcajadas en él, a unas quince yardas a la izquierda del muelle; alto, con anchos hombros tostados de sol y cabello rapado. Tenía la vista fija en el sol poniente, observando las olas.

Dije al pescador:

—El mar está muy revuelto —y en respuesta recibí un gruñido—. He oído que hace unos días un hombre cayó ahí y se ahogó.

—Sí.

—¿Suicidio?

—La baranda cedió —alzó un dedo y yo me volví y vi un nuevo trozo de dos por cuatro pies, agregado a la vieja baranda, entre dos soportes—. Yo le conocía bastante bien —dijo el pescador—. Vivía en la ciudad.

—Es terrible morir entre esos postes.

—Sí, estaba bastante destrozado. —El pescador tenía una cara gruesa y morena, con una gran verruga que arrugaba la carne de su mejilla derecha. Las manos que sostenían la caña eran tan firmes como si las hubieran clavado allí.

—¿Casado? —pregunté.

—Y con una hija, una niña lisiada.

—Espero que tuviera un seguro.

—No creo que Billy lo tuviera —movió tristemente su cabeza—. No sé —dijo—, no sé cómo se las va a arreglar Mary. Mary es su mujer. La niña está en un hospital de lujo del norte. Billy me dijo una vez que costaba quinientos dólares por mes y no creo que Mary gane ni la mitad en el correo. Trabaja allí. No sé cómo... —se detuvo y alzó la vista hacia mí, como si hubiera hablado demasiado.

El muchacho del *surf-board* comenzó a bogar furiosamente. Una ola se alzó detrás de él; la ola le envolvió, él se puso en pie y, con el madero ahora invisible frente a la ola, hacía el efecto de que algún poder angélico le llevaba sobre la blanca espuma. Manteniendo el equilibrio con fáciles movimientos de los brazos, se deslizó hacia la playa.

–Terrible –dije, para reanudar la conversación con el pescador. En mi cabeza estaba haciendo una simple suma –. ¿De qué trabajaba este hombre?

–Pescaba. A veces trabajaba en diversas cosas. No tenía ocupación fija –el pescador se rascó la verruga–. Tenía una embarcación buena y rápida. Principalmente se dedicaba a la pesca. Surtía de langosta a varios clientes.

Volvió a quedar silencioso. Le vi que miraba hacia la izquierda, al sur, donde en los días claros se veían las islas Coronado, en aguas mejicanas. Era fácil llegar a ellas teniendo una embarcación buena y veloz. Cuesta quinientos dólares mensuales tener una niña lisiada en el hospital de Oakland; Mary Farrell ganaba la mitad de aquella suma, trabajando en el correo; y había que contar los gastos diarios. Billy Farrell no podía saldar la diferencia con su pesca y sus langostas, o yendo los veranos a la pesca del bonito. Me puse detrás del pescador, y apoyé la mano en uno de los soportes. Miré al sur, hacia México y me pregunté si habría sido opio, marihuana o cualquiera de las cosas que convenía traer de contrabando desde México. Billy Farrell amaba a su hija; recordé cuando me describió aquel aparato. “Tenía que tener lo mejor”, había dicho Mary Farrell.

Saqué la pipa, la llené y la encendí, y retrocedí para apoyarme en la nueva sección del muelle. Me pregunté por qué Mary Farrell no había mencionado la rotura de la baranda. La madera estaba amarilla aún, pero los clavos que la sujetaban se hallaban herrumbrosos ya. La madera nueva medía unos ocho palmos y medio.

Vi que venía un hombre por debajo del malecón. Andaba por el borde de la arena mojada, llevando un palo

largo, que usaba como bastón. Tenía corto el cabello gris; llevaba una camisa blanca con las mangas subidas, y pantalones grises del estilo que usan en Europa sin cinturón, y con solapas en los bolsillos de la cadera. Vi como se paseaba por la playa, moviendo su bastón. Entonces observé que el muchacho del *surf-board* había salido otra vez al agua. Había llegado, doblando el extremo del malecón hasta el lugar donde yo estaba, y me miraba atentamente. Parecía tener diecinueve o veinte años. Siguió mirándome, sin avergonzarse, cuando yo le miré.

En el horizonte sólo se veía un rojo reflejo de sol. Comencé el regreso por el muelle, descendí los escalones de madera que llevaban a la playa, y anduve por el borde, al sur del muelle. Aquí la corriente se dirigía hacia abajo. Seguí los espaciados agujeros hechos por el bastón del hombre que había visto. Anduve casi una milla al sur del malecón, y volví a la playa, por la arena blanda y seca. Buscaba el trozo de baranda caída del muelle con Billy Farrell, aunque sabía que era demasiado tarde para hallarlo.

Cuando volví al muelle, el pescador se había ido. El muchacho del *surf-board* salía del agua en aquel momento con su balsa sobre el hombro. Avanzaba rápidamente, como para pasar cerca de mí, y cuando lo hizo me miró atentamente a la cara.

—Hola —dijo, y yo me quité la pipa de la boca y le contesté, "Hola". Pero él no dijo nada más. Apoyó su *surf-board* contra la roca, y yo subí detrás de él, los escalones de madera. Sin mirarme de nuevo, cruzó la playa de estacionamiento hasta el MG amarillo, subió a él y, con el motor en marcha y los neumáticos rechinando en la grava, salió de la playa de estacionamiento.

Dentro de mi coche, en medio de la creciente oscuridad, volví al 213 de la calle St. James. Ahora detrás del viejo Chevrolet, había un Cadillac convertible color crema que valdría unos seis o siete mil dólares. Me detuve y me quedé mirándole. Salí del coche, y avancé silenciosamen-

te hasta la puerta, luego me desvié un poco del porche y me puse detrás de un macizo de flores desde donde podía ver una de las ventanas del living. Mary Farrell se hallaba de pie, ante la chimenea, con las manos en la cintura y en su rostro la expresión de miedo y decisión que había visto ya. Hablaba con vehemencia, pero no podía oír nada de lo que decía.

Hablaba con un hombre sentado en el sillón. Yo sólo le veía la nuca; el cabello rubio cuidadosamente peinado, largo en las sienes y dispuesto en una onda suave. Fumaba un cigarrillo, en una boquilla de plata. Uno de sus brazos, cubierto por una manga clara, estaba apoyado sobre el brazo del sillón. Una mano delgada y tostada golpeaba ligeramente el sillón, mientras el hombre escuchaba a Mary Farrell.

Oí el ruido de una puerta que se cerraba de golpe. El ruido venía de la casa vecina; vi una figura oscura que salía, y oí que abrían una canilla. Rápidamente, descendí al sendero donde estaba mi coche, y seguí calle adelante. Luego me metí por el centro de Helios Beach, en busca de un bar.

III

El *Helios Beach Hotel* era un enorme edificio de estuco rosa, rodeado de palmeras y pinos. Un letrero de neón azul anunciaba el *Islander Bar*. El vestíbulo del hotel se hallaba vacío, y el bar también, con excepción del barman y una mujer con un sweater negro que se hallaba apoyada en el bar dándome la espalda. El bar estaba decorado con motivos de los mares del Sur, un techo de hojas de palmera, y en las paredes, bolos cruzados y máscaras grotescas. Me senté cerca de la mujer. Sobre el brillante mostrador había carpetitas redondas con las descripciones impresas de varias bebidas exóticas.

El barman vino a atender mi pedido: un bourbon con soda. La mujer se volvió a mirarme y sonrió. Parecía de mi edad, es decir, de unos treinta y nueve años, y tenía un rostro agradablemente anguloso, pálido y aristocrático. Llevaba dos collares de perlas cuya blancura resaltaba sobre el jersey negro, y sus caballos oscuros estaban peinados en un moño sencillo.

—Esto tiene mucho carácter —dije.

Ella parpadeó, como si no estuviera acostumbrada a que un desconocido le dirigiese la palabra en un bar, aunque me había sonreído al principio. Se llevó el cigarrillo a la boca, con un gesto calmoso que consumió casi un minuto, y dijo con palabra lenta y cuidadosa, pues estaba completamente borracha.

—Sí, mucha. ¿Se aloja en el hotel?

—Aún no me he decidido. La ciudad parece agradable.

Ella asintió, alzando de nuevo su cigarrillo, con un movimiento cuidadoso. El barman volvió con mi bebida y se marchó nuevamente.

–Muy agradable –dijo la mujer borracha–. Una ciudad muy agradable. Yo he vivido diez años aquí, y han sido los más felices... –Interrumpió la frase, después de “felices”. Era atractiva, aun borracha como estaba. Comenzó el procedimiento complicado de llevarse a los labios su vaso de martini, y yo aparté la vista y me puse a beber mi bourbon. El barman observaba a la mujer con el rabillo del ojo, mientras secaba los vasos.

Concluyó la difícil maniobra de beber y alzó otra vez el cigarrillo. Me preguntó cortésmente.

–¿Ha venido para la convención?

–No. ¿De qué convención se trata?

–*America Incorporated* –frunció el ceño, porque le costaba trabajo pronunciar “incorporated”–. Empieza el próximo sábado –dijo.

–¿Qué es *America Incorporated*?

Ella parpadeó lentamente a través del humo del cigarrillo que se le metía en los ojos. Cruzó las piernas, puso el codo sobre una rodilla, y apoyó la barbilla en la mano, con un movimiento lento que hizo que el acto entero pareciera extraordinariamente difícil. Sonrió cuando una esbelta muchacha, de pelo rubio miel, vestida con un traje azul, pasó y dijo:

–Hola, Edie.

La muchacha iba seguida de un hombre de aspecto intelectual que llevaba gafas de montura de carey y un traje gris de corte severo. Ocuparon un reservado al otro extremo del bar.

–*America Incorporated* es una organización patriótica –dijo la mujer llamada Edie, tropezando de nuevo con “incorporated”.

Disolvió su posición con igual cuidado, y contempló su vaso de martini que estaba casi vacío. Su espléndido ca-